

**Estudio Bíblico**  
**Séptimo Domingo después de Pentecostés, Propio 11, Año A**  
**23 de julio de 2017**

**Génesis 28:10-19a**

Jacob está en fuga. Él y Rebeca, su madre, han conspirado engañar a su padre, Isaac, para que dé a Jacob la primogenitura de Esaú que es el hermano mayor. El engaño de Jacob, llevó a Isaac a concederle la bendición del hijo primogénito, lo cual alimenta el odio en Esaú. Cuando a Rebeca le dicen que Esaú planea matar a Jacob, ella envía a Jacob lejos de su hermano a Harán.

Nuestra historia comienza cuando Jacob se detiene en su primera noche en la carretera. Se acuesta con una piedra debajo de la cabeza a modo de almohada y se queda dormido. Lo que no sabe es que está en terreno sagrado. Jacob sueña con una escalera o zigurat al cielo con los ángeles subiendo y bajando. Sin embargo, no son los ángeles que hablan a Jacob, sino Dios. Dios está al lado de Jacob y se presenta: “Yo soy el SEÑOR, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac” (Gn 28:13).

Dios hace las mismas promesas a Jacob que hizo a los antepasados de Jacob: la tierra y descendencia. En cierto sentido, Dios incluye una advertencia con sus bendiciones. En esencia, Dios le dice a Jacob: “Sera bendecido cuando yo cumpla mis promesas para usted. Pero estas bendiciones no son para que usted la acumule. Es a través de usted y su familia de que todas las familias de la tierra serán benditas”. Entonces Dios hace una promesa personal a Jacob: “Sabed que Yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y te hará volver a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he prometido”. (Gn 28:15). Las promesas de Dios de presencia y protección de pertenecer a Dios—son fundamentales para la relación de alianza entre Dios y su pueblo escogido.

Jacob se despierta como un hombre transformado. Él reconoce la genialidad y el carácter sagrado de su encuentro con Dios y conmemora esto con un altar hecho con la piedra en la que dormía, llamando al lugar Bet-el, “Casa de Dios”.

- ¿Estás acaparando las bendiciones que Dios te ha dado? ¿Cómo puede canalizar sus bendiciones para que se conviertan en una bendición para otros?
- ¿Cómo ha sido su experiencia de la gracia de Dios transformadora para usted?

**Salmo 139:1-11, 22-23**

El salmista, descansando seguro en la presencia prometida de Dios y la protección, se vuelve a Dios para que le libere de sus enemigos. Su bendición es su relación con Dios. El salmista se dirige a Dios por su nombre divino personal, YHWH (“SEÑOR”) (Salmo 139:1, 3), y habla con Dios directamente (“usted sabe”, “usted discierne”, “usted traza”, “usted presiona” “[usted] pone su mano”) (Salmo 139:1, 2, 3, 4). El salmista está impresionado por todo lo que abarca el conocimiento completo de Dios sobre él; Dios conoce sus acciones, sus pensamientos y sus palabras (Salmo 139:1-3).

El salmista afirma que Dios está siempre presente con él. No importa donde el salmista va, ya sea a los extremos de los cielos o la tumba, “[a]ún allí tu mano me guiará, y tu diestra me asida” (Sal 139:7, 9). El salmista confía a Dios su futuro seguro de que él pertenece a Dios. Da la bienvenida a las pruebas de Dios, la cual revelará la justicia y el compromiso del salmista a seguir los caminos de Dios (Salmo 139:23-24).

- ¿El tener conocimiento que Dios le conoce plenamente le hace sentir incómodo? ¿Es capaz de decir con el salmista sin reservas: “Señor, tú me has examinado y me conoces”?
- ¿Alguna vez ha querido escapar de la presencia de Dios? ¿Cuándo y por qué?

### **Romanos 8:12-25**

Para Pablo, cada ser humano está sujeto a un cierto poder, y vive ya sea en el dominio de la carne, bajo el poder del pecado, la muerte y la ley; o en el dominio del Espíritu, bajo el poder de la gracia. Paul ha asegurado a los creyentes en un verso anterior que ya no viven en el dominio de la carne, pero ahora viven en el dominio del Espíritu, porque el Espíritu de Dios mora en ellos (Rm 8,9).

En este pasaje, Pablo describe la vida en el Espíritu, en términos de relaciones. “[T]odos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios” (Rm. 8,14). El Espíritu que mora en nosotros es la presencia de Dios con los creyentes. Los creyentes son bendecidos; pertenecemos a la familia de Dios— hijos de Dios por adopción (Rm. 8:14-15). Somos herederos de Dios y, por lo tanto, coherederos con Cristo, compartiendo su sufrimiento, muerte, resurrección y gloria (Rm. 8:17). Hemos de vivir sin miedo, sabiendo que pertenecemos a Dios.

Así como Dios cumplió sus promesas a Jacob, Pablo exhorta a los creyentes a esperar con paciencia porque Dios cumplirá su promesa de la gloria futura. Dios va a liberar a toda la creación “de la esclavitud para la corrupción” (Rm 8,21). Los creyentes y toda la creación deben soportar los dolores de parto de la finalización de la salvación — de la restauración prometida de la creación de lo que Dios quiere que sea, la que comenzó cuando Dios escogió a un pueblo para ser su instrumento de bendición.

- ¿De qué manera siente que está viviendo en un tiempo “intermedio”?
- Hable de su experiencia de vida en el Espíritu.

### **Mateo 13:24-30, 36-43**

En la parábola de la cizaña entre el trigo, Jesús compara el reino de los cielos a un campo sembrado por dos sembradores. El maestro siembra buenas semillas de trigo en su campo. Por la noche, un enemigo viene y siembra cizaña entre las semillas de trigo. Cuando el trigo crece y da grano, las malas hierbas vienen también. El maestro se niega a que sus esclavos reúnan las malas hierbas. Él les manda a que ambas crezcan juntas hasta la cosecha, cuando los segadores recogerán la cizaña para quemarla y recoger el trigo en el granero.

Jesús interpreta privadamente la parábola a sus discípulos como una alegoría. Él es el maestro y la buena semilla son los hijos del reino de Dios. El enemigo es el diablo y la cizaña son los hijos del maligno. En el juicio final, el Hijo del hombre enviará a sus ángeles para acabar con el pecado y los malos, y los justos heredarán el reino. La promesa de Dios en la parábola es que el mal no vencerá el bien.

Hay una dimensión más contemporánea en la parábola. Jesús nos ha llamado a “[a]rrepentirnos, porque el reino de los cielos está cerca” o “se ha acercado” (Mt 04:17). ¿Podría ser que el juicio final no es un acontecimiento lejano en el tiempo lineal, pero es ahora? ¿Podría ser que el reino no es un lugar que se establecerá en el futuro, pero está aquí ahora? ¿Fueron ambos inaugurados con la venida de Dios en Jesús? Jesús hace una advertencia: los que rechazan el mensaje de Jesús se niegan a participar en el reino. Ellos se niegan a ser bendición para todas las familias de la tierra que Dios llama a ser creyentes. Los que aceptan el mensaje de Jesús y siguen la praxis de las bienaventuranzas pertenecen a Dios, son sus hijos, y han heredado el reino prometido.

- ¿Cuál es la relación entre la Iglesia y el Reino de Dios?
- ¿Cómo su fe de que el reino de Dios triunfará sobre el mal y la muerte influye en su manera de vivir?

*Publicado por la Oficina de Formación de la Iglesia Episcopal, 815 Segunda Avenida, Nueva York, N.Y. 10017. © 2017 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.*